

# Algunas ideas para un encuentro tan difícil como necesario

.....  
**Fernando Pérez de Blas**  
 .....  
 Doctor en Filosofía  
 .....

Una simbiosis del anarquismo y del personalismo [...] lo último está implícito en lo esencial y básico del primero. [...] Por nuestra parte no sabríamos concebir un anarquismo que no asentase y no girase como sobre goznes firmes sobre la persona humana, en el personalismo.

D. Abad de Santillán,  
*La inteligencia y la revolución de la justicia y de la libertad*, prólogo a C. Díaz, *El anarquismo como fenómeno político-moral*, México, 1975, p. 26.

Esta reflexión de un viejo militante anarquista, nacida de su conocimiento de la obra primera de Carlos Díaz, podemos entroncarla con otros encuentros entre pensadores personalistas y libertarios. Así el que se produce en 1899 entre G. Landauer y M. Buber, del que surgirá una fuerte amistad y admiración, además del libro *Caminos de utopía* del pensador judío. O, en un sentido más intelectual, el interés del mismo Mounier por el anarquismo en su obra *Anarquía y personalismo*, donde refleja sus pros y contras respecto a los clásicos del pensamiento libertario. Muchos de los conceptos del personalismo comunitario de Mounier dependen de Proudhon, autor que también influye en el teólogo H. de Lubac. En fin, si la noción de encuentro es clave de bóveda en la reflexión personalista, nos parece que la conexión entre el anarquismo y el personalismo no debe olvidarse. En ese camino va esta pequeña exposición de puntos de encuentro, de cruces de piedra en los senderos de la libertad que ambos movimientos simbolizan. Desde luego no negamos que muchos personalistas, por ejemplo Maritain, no verían

ninguna de esas cruces, como tampoco muchos anarquistas, cegados en algunos casos por cierto dogmatismo. Sin embargo el filósofo no puede dejarse llevar por los muros aparentes y debe saltarlos para conseguir un encuentro en la diferencia, reto de la humanidad en los tiempos que corren.

Una síntesis, sin duda todo lo frágil que se quiera pero tanto más necesaria, entre ciertos aspectos del anarquismo y otros del personalismo puede nacer de algunos puntos a poner sobre la mesa:

— En el aspecto de fundamentación antropológica ambos suponen un hombre uncido a la historia, nunca acabado, sino abierto al tiempo y al espacio a través de la libertad. Una antropología que considera a las personas únicas pero a la vez iguales por el origen, aunque el personalismo tienda a colocar a Dios en el mismo y el anarquismo a la naturaleza. Además la persona, frente a ciertos excesos del materialismo, es concebida por ambos como un complejo de cuerpo y espíritu, de ideas y fisiología, inescindible e inviolable en su dignidad. La división entre materialismo e idealismo es superada desde las dos perspectivas de manera que se concibe al hombre como capaz de liberarse y a la vez poner las bases de una mínima seguridad material.

— Desde la política podemos decir que la necesidad de liberar al hombre manteniendo su igualdad lleva a proponer a Mounier el socialismo como «afirmación de aquellas realidades sinérgicas cuya articulación en varios niveles constituye la comunidad» (N. Bombaci, *Una vida, un testimonio. Emmanuel Mounier*, Fundación E. Mounier, 2002, p. 141, nota 277). El anarquismo también supone la confluencia desde la base de las plurales libertades en su noción de federalismo, que Buber vio como consociatio

consociationum y Mounier persona de personas. Este reto de religar a los hombres entre sí, superado el férreo concepto clásico de Estado aparece en G. Landauer: «El socialismo —dice Landauer (1915)—, es el intento de llevar la convivencia de los hombres a la unión en libertad a base de un espíritu común, es decir, a la religión» (M. Buber, *Caminos de utopía*, México, 1987, pp. 78-79). La religión, concebida como espíritu de comunidad, es asequible al pensamiento libertario. Por supuesto Mounier no concibe el poder sin una fuerza coactiva, pero esta idea que en apariencia separa puede verse reflejada en el pensamiento de otro clásico libertario, Bakunin, cuando habla en muy diversos lugares de la autoridad de las personas en los sectores que cubran sus conocimientos y sobre todo en la noción de coacción moral expresada en el bello lenguaje de nuestro R. Mella: «Entendemos, pues, por coacción moral la influencia, o si se quiere, la presión que en nuestro ánimo ejercen los sentimientos de nuestros semejantes, presión que, como ya hemos dicho, tiene carácter de reciprocidad y de ningún modo obedece a cálculos determinados y descansa únicamente en el voluntario acatamiento que los individuos prestan a todo aquello que juzgan equitativamente y que saben es reconocido como tal por sus conciudadanos» (R. Mella, *La coacción moral*, México, 1946, p. 6). El personalismo no habla de superación del Estado, pero sí concibe la política como una tarea moral donde los valores se insertan en la res publica.

— En el aspecto económico el personalismo, en la medida que trata este tema, también tiene deudas fortísimas con el anarquismo, sobre todo el mutualismo proudhiano y con ciertas tesis del poste-



rior sindicalismo revolucionario francés: una producción que tenga en cuenta el consumo y las necesidades, que suprima la explotación y reduzca la propiedad o la difumine en la comunidad. El federalismo político confluye aquí con una estructura de base, que encuentra su origen tanto en la confederación libertaria de sindicatos (puede verse, por ejemplo, el clásico *El organismo económico de la revolución* de Santillán, Madrid, 1978, o el resumen de la tesis libertarias en el caso español en *La sociedad libertaria*, X. Panigagua, Barcelona, 1981. Para el caso personalista existe un resumen perfecto en la segunda parte del libro colectivo *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, de nuestro querido L. Narvarte, F. E. Mounier, 2002, pp. 71-148, sobre todo el capítulo 5 sobre economía). El juego dialéctico entre planificación y libertad en la base permite a esta economía superar la contradicción de una libertad de mercado que se construye sobre la opresión de un porcentaje ingente de su-

puestas libertades *ab initio*. La justicia se conjuga con la dignidad personal. En ambos pensamientos, sin obviar la necesaria profundización económica de que están urgidos, la cuestión económica se intenta humanizar, adecuar a la persona, y no ésta a las estructuras.

— También puede darse el encuentro en la capacidad de las dos reflexiones para superar cualquier fin de la historia. Tanto personalismo como anarquismo suponen una apertura a la trascendencia histórica. En su perspectiva hay una mística de la persona como un ser utópico, que necesita la indeterminación para realizar su plena liberación. Para Buber sobre todo la fe como capacidad de remover las bases del mundo hace converger escatología religiosa y utopía filosófica. Una y otra tienen como presupuesto posar los pies en el suelo y las manos en el fango, es decir, colocar al hombre en el mundo para impulsarlo hacia el misterio de lo por ser: «Para la escatología —aunque en su forma elemental, profética, pro-

meta al hombre una participación activa en la llegada de la redención—, el acto decisivo viene de arriba; para la utopía, todo está sometido a la voluntad consciente del hombre, y hasta puede calificársela de imagen de la sociedad esbozado como si no hubiera otros factores que esa voluntad. Pero ninguna de las dos anda por las nubes: así como pretenden despertar o intensificar en su oyente o lector la relación crítica con el presente, quieren también mostrarle la perfección con la fuerza luminosa de lo absoluto, pero como algo a lo cual lleva un camino activo desde el presente. Y lo que como concepto parecería imposible, suscita como imagen todo el poder de la fe, determina el propósito y el plan. Es capaz de esto porque está aliado con fuerzas existentes en las profundidades de la realidad. La escatología, si es profética, y la utopía, si es filosófica, tienen carácter realista» (*Caminos de utopía*, ob. cit. p. 18)

Para ninguno de los dos pensamientos existe el imposible, pues el

hombre es un ser dotado por Dios o por la naturaleza de una capacidad infinita de imaginación y reconstrucción del mundo. La persona lleva la profecía, la mística y la utopía como germen activador de su libertad.

Vistas así estas tres zonas o campos de confluencia podemos decir que no todo ha sido desencuentro entre anarquismo y cristianismo. Por supuesto las críticas al dogma teológico y a la acción social de la Iglesia no pueden ser sino demoledoras en la casi totalidad de los autores. Pero al mismo tiempo hay convergencias indudables, algunas lecturas mutuas (por ejemplo los primeros Padres de la Iglesia), un reconocimiento libertario de la figura de Cristo como liberador que no es contradictoria con el Evangelio y, respecto a ciertas tesis de la doctrina social (sobre todo desde la *Rerum novarum*) una crítica común a la explotación capitalista. Con esto no negamos la inmensa distancia que entre el militante medio en el anarquismo y el cristiano presuntamente normal existe, sin embargo nos parece que ateniéndonos a la noción de amor al prójimo cristiano y a la de hermandad liberadora que está en el anarquismo el encuentro debería darse. En el libro *La revolución*, de G. Landauer (la última edición que conozco es de 1977 en Tusquets de Barcelona) ya se dio, aunque por desgracia ciertos autores son olvidados incluso por los que presumen de rescatar la memoria histórica del anarquismo. En ese libro se justiprecia el espíritu cristiano, se lo alaba del mismo modo que se critica su vapu-

leo por ciertas autoridades eclesiales y se entronca con una noción revolucionaria que debemos rescatar. Este concepto supone dos principios que muchas veces se olvida: el entusiasmo (a la vez como alegría y como unión mística con la utopía, con la imaginación creadora, con ese halo de apóstol tocado por el Ideal que tienen tantos libertarios) y el misterio como esa indeterminación que la utopía anarquista abre sobre sí, al modo que el cristianismo la tiene en el fondo de su fundamentación. Landauer llega a decir sobre estos dos principios:

En la revolución un espíritu de alegría impregna a los hombres. Este espíritu jovial se perpetua más allá de la revolución [...]

Sólo podemos saber esto: que nuestro camino [...] se da en lo ignoto, profundo y repentino

Ob. cit. pp. 148 y 159.

Sin duda hay una apertura al más allá, a lo desconocido en el anarquismo que no puede perderse en ciertas posturas (o poses) posmodernas que no son libertarias, sino libertinas. De igual modo en el personalismo cristiano nunca debe obviarse la capacidad del amor que Dios nos ordena como medio para la hermandad.

¿Acaso no son evangélicas estas palabras del pensador alemán?

En voz muy alta y sin reserva alguna debemos repetir con la revolución, y decirselo a esta para que lo vuelva a proclamar, que todos los hombres somos hermanos. Hay palabras a las que, para

limpiarlas instantáneamente del polvo y de la burla frívola y estrecha, basta con volverlas al medio de donde surgen. De la Revolución francesa nos ha venido la palabra fraternidad: precisamente la alegría de esta revolución provenía de que los hombres sentían que tenían hermanos y, no lo olvidemos, hermanas.

Ob. cit. p. 150.

En fin no quisiera terminar sin expresar mi deseo de que estas letras se completen desde las diferentes perspectivas que en el personalismo convergen y puedan encontrarse cauces para que la experiencia histórica y el legado intelectual de ambas partes pueda encontrarse, quizá a modo de símbolo de la «hora plástica» donde realidad e imagen se renueva recíprocamente para liberar a la humanidad, parafraseando a Buber. Con la conciencia de que el imposible sólo es un presupuesto de los pusilánimes, creo en este encuentro tan necesario para renacer nuestra humanidad como para hacer brillar ideas nuevas en el manoseado firmamento del filósofo contemporáneo. Espero respuesta, sin olvidar este testimonio de encuentro en el amor de Cristo, que nos legó, y es sólo un ejemplo, el anarquista P. Gori:

Sí, nosotros entre Marat y Tolstoi, amamos a este último. Su hablar nos recuerda al de Jesús: el camino es dolor, la meta el amor; lo uno nos enriquece, lo otro nos redime.

P. Gori, *Scritti Scelti*, Cesena, 1968, p. 42.